

PRÓLOGO

26 DE MAYO DE 1780

SAN LUIS DE LOS ILINOISES

Miguel escuchó un zumbido en su oído derecho y notó en ese lado de la cara unas gotas calientes, pegajosas. Con un leve movimiento de cabeza comprobó que su hombrera, antes dorada, se había cubierto de motas rojas. Nervioso, se pasó las manos por su corta melena rizada. Miguel, que se enorgullecía de ella, sintió repugnancia al advertir que sus dedos tocaban algo viscoso.

Más abajo estaba François, ¿o se llamaba Pierre?, agarrado a su fusil y con los ojos abiertos. Había recibido un balazo en la cabeza, y una mezcla de sangre y sesos se habían esparcido varios pasos alrededor. Miguel lamentó por un momento no haberse interesado más en conocer a todos los colonos, en especial a los franceses. Al menos de este recordaba que tenía una esposa poco agraciada, aunque simpática, y unas gemelas que eran la misma piel de barrabás. Se agachó y se dejó caer sobre el parapeto. Vio que la sangre también manchaba su casaca blanca y el pantalón azul del uniforme. Había sido un regalo de su madre antes de salir, apresurado, de España. Lo habían enviado a esa infecta parte del mundo como castigo, aunque esa idea sólo se la confiaba a los pocos amigos que había hecho allí y sobre todo al pequeño Panocha, a pesar de que al zagal le diese igual lo que dijera «el señor conde», como solía llamar el chico a Miguel.

De pronto un rugido tremendo lo paralizó. Las manos comenzaron a temblarle, pero consiguió dominarse y pudo mirar al frente. Una masa de salvajes corría y aullaba como una manada de lobos hacia las trincheras defensivas. Al final de la turba, de pie en un pequeño montículo, asomaban casacas rojas en perfecta formación esperando su oportunidad. Como siempre en su historia, las ratas inglesas dejarían que fuesen sus aliados indios los primeros en caer, y, si todo terminaba bien, la gloria sería para Inglaterra.

—Madre de Dios bendito —repitió Miguel para sí varias veces.

Le sorprendió acordarse de la frase de su padre en una situación como aquella, ya que era uno de los culpables de que él estuviera allí. Echó mano a la pistola que llevaba sujeta al cinturón y se dispuso a disparar sin apuntar a ningún objetivo en concreto. Era tan compacto el ataque de los indios enloquecidos que sería difícil errar el tiro. Miguel apretó el gatillo. Fijó la mirada un instante para comprobar hacia dónde iba la bala y creyó ver a uno de los indios de cara pintarrajeada caer hacia atrás. Se asustó más cuando se percató de que el enemigo se encontraba a sólo unas decenas de metros de la barricada. Tiró la pistola —en ese momento no le iba a ser de utilidad— y, desesperado, se giró hacia François, o Pierre, o como se llamara, para cogerle el fusil, que continuaba manteniendo aferrado.

Tras unos instantes de forcejeo con el cadáver pudo arrebatarse el arma. Maldijo al comprobar que la baqueta seguía en el interior del cañón. Trataba de recordar si el francés la había cargado mientras veía cómo los indios se acercaban cada vez más. Pintaban bastos. Sin darse cuenta, los temblores volvieron. Apartó el arma a un lado y se pasó de nuevo las manos por su corta melena para intentar tranquilizarse. Alzó la mirada y vio a un par de indios que se habían adelantado al grupo y se encaminaban hacia su posición. Aullaban y gritaban como posesos con la intención de hacerle

sentir miedo, cosa que lograron. Uno de ellos, el más grande, tenía la cara pintada de rojo y negro, y una fea cicatriz le atravesaba el pecho. El otro era algo más pequeño, pero más robusto, y vestía la cabellera con plumas de llamativos colores. *Buenos guerreros.* Miguel repitió otro par de veces la frase de su padre, cogió de nuevo el fusil y tentó a la suerte. Disparó.

A causa del retroceso, la culata le golpeó en el brazo tan fuerte que, tras lanzar un grito de dolor, soltó el arma. El miedo y las prisas habían provocado que se olvidara de retirar la baqueta, así que esta salió disparada del cañón y se dirigió, directa hasta atravesarle el cuello, al indio de la cara pintada, que paró su carrera y cayó con los ojos desorbitados mientras se agarraba a la baqueta con ambas manos. Lo último que Miguel vio del salvaje fue la sangre que manaba de su cuello.

Se giró rápidamente hacia el segundo indio, que ya se le venía encima. Desenfundó el sable y esperó la acometida del salvaje, que tenía un *tomahawk* en la mano. El indio se disponía a saltar sobre la trinchera cuando, de pronto, se detuvo. Lanzó el hacha hacia Miguel y siguió corriendo hacia él. Miguel se agachó lo suficiente como para esquivar el arma. Se dio un fuerte impulso desde el suelo hacia la parte alta de la trinchera. Se apoyó en ella y extendió el brazo que portaba el sable. Alcanzó al salvaje en su acometida. El indio quedó atravesado con el arma ante su mismo empuje cuando intentaba saltar hacia el interior del parapeto. Miguel lo cogió por el pecho y tiró con fuerza del sable para sacárselo. Tuvo que acercarse tanto al cuerpo que olió el apestoso aliento del salvaje, pero sonrió al comprobar cómo se le iba la vida por la herida que le había abierto en el abdomen. Escupió al suelo, recuperó el arma y, al límite de sus fuerzas, miró de nuevo al frente y vio que estaban a punto de llegar más indios enloquecidos. Sus amigos, las ratas con casacas rojas, esperaban la ocasión oportuna. Exhausto, Miguel se dejó llevar por la debilidad, y sus pensamientos fueron para Inés. *Estoy aquí por Inés. Maldita sea la hora,* pensó.

En ese momento sonó un cañonazo que salió desde el baluarte donde estaba el capitán Leyba. Miguel se giró hacia allí y vio cómo ondeaba la bandera blanca con la cruz de San Andrés junto al cañón y cómo Leyba, a pesar de su crítico estado, permanecía de pie dando órdenes. Después oyó una descarga cerrada. Eran los defensores, encaramados en la trinchera, que disparaban contra los atacantes que iban hacia ellos. El humo creó una neblina momentánea que impedía ver lo que pasaba más allá de unos pocos metros. Miguel aprovechó para ponerse a cubierto en la trinchera.

Cayó de rodillas. Las manos ya no le temblaban. Miró otra vez a François, o Pierre, o como se llamara; a sus ojos, que continuaban abiertos, y al indio tendido un par de metros más allá, con su profundo boquete carmesí. Se echó a reír y entre carcajadas volvió a repetir, mirando al cielo:

—¡Estoy aquí por Inés, por Inés!

1

SEPTIEMBRE DE 1779

MADRID

—Madre de Dios bendito, madre de Dios bendito... —repetía su padre, apoyado en la chimenea mientras se presionaba la frente con los dedos—. Y nada menos que con Inés de las Heras. Madre de Dios bendito...

—Pero, padre... —intentó defenderse Miguel.

—Tú te callas —dijo su padre, dándose la vuelta y señalándole con el índice—. Tú te callas. No tenías bastante con ir picoteando por ahí que decidiste ir de caza mayor. Madre de Dios bendito —repitió alterado—. Con Inés de las Heras.

—Ella... —soltó Miguel sin mucha convicción a la vez que veía cómo la empolvada peluca de su padre había perdido su posición original a causa de los continuos aspavientos que realizaba.

—¡Que te calles he dicho! —gritó el conde, enérgico. Poseía las dotes de mando innatas en todos los Martínez de Cerezo, según contaban las crónicas, desde tiempos de la Reconquista al moro—. Debías saber cómo va esto. Se acuerda el matrimonio, te guste o no, y ya está. De ella no debía aguardar nada, pero al menos de ti cabía la esperanza de que mantuvieras un respeto hacia el duque de la Torre, y más sabiendo que es primo de Floridablanca, el secretario de Estado. —Dejó de hablar para tomar aire y a continuación le echó en cara—: ¿Pero en qué estabas pensando? Estás loco, completamente loco.

A la vez que oía esas últimas palabras, Miguel recordó los motivos de esa locura. El color avellana de sus ojos, su melena morena, esa sonrisa que le hacía evadirse de todo y de todos. Valía la pena jugársela ante una mujer tan hermosa. Además, vaya futuro se le presentaba a Inés. Una joven tan alegre no podría ser feliz con el estirado del duque, al que sólo le interesaban sus caballos. Con ese compromiso, los auténticos beneficiarios serían los padres de Inés, ya que serían aceptados de nuevo en sociedad después de que el padre se arruinara a causa, decían, de las deudas provocadas por sus numerosas amantes. Miguel imaginaba la cara de Inés y pensaba que, a pesar de que ya había probado bastantes, no hubiese estado mal catar esa joven fruta antes que el necio del duque. Pero, por desgracia, los descubrieron antes de eso.

—Padre, creo que... —se atrevió a añadir.

—Por favor, Miguel —lo volvió a cortar—. No digas nada más hasta que venga tu hermano con alguna noticia del Ministerio de Indias. A ver si ha podido hablar con José de Gálvez —zanjó la conversación mientras peleaba para ajustarse la endemoniada peluca.

Visto el ambiente que se respiraba en el salón, que hacía las veces de despacho y biblioteca, Miguel decidió no discutir más con su padre y esperó a que llegara su hermano, Gustavo, con las noticias del ministro de Indias, José de Gálvez. Se encaminó al lado opuesto del salón. Pasó la mano a lo largo de la mesa, paró debajo del retrato de uno de sus múltiples antepasados, el primer Miguel, el que luchó en Flandes, y continuó hasta su rincón preferido. Ahí, donde la luz del sol otoñal de Madrid entraba a través del enorme ventanal, se quedó mirando la colección de catanas que poseía su padre. Procedían de cuando estuvo destinado en las Filipinas, antes de que él naciera. Recordó las veces que, siendo niño, imaginaba que las desenvainaba y luchaba contra su hermano mayor o contra fieros enemigos invisibles, hasta que escuchó un peculiar sonido en la sala contigua que le hizo regresar a

la realidad. Era la pierna de madera de Gustavo al chocar contra el suelo de mármol.

—Hola, padre —saludó Gustavo tras abrir las blancas puertas de madera que separaban los dos salones. Miró a su hermano y añadió—: Hola, Miguelito. Me han dicho que estabais aquí.

Cojeando, se dirigió hacia donde estaba su padre.

—¡Ah! Gustavo, ¿qué noticias nos traes? —le preguntó su padre—. ¿Has podido hablar con José de Gálvez?

—Sí, padre. Aquí tengo su respuesta —respondió mientras le entregaba dos pliegos enrollados—. Creo que es la mejor solución, dadas las circunstancias —explicó mirando a Miguel, que se había aproximado en unas pocas zancadas.

—Bien, Gustavo, confiaba en ello —dijo su padre poniéndole una mano sobre el hombro a la vez que parecía exhalar todo el aire que tenía en los pulmones.

—El ministro Gálvez ha tenido que mover cielo y tierra para salvar al calavera de Miguelito, pero, al final, no ha puesto ninguna objeción —añadió Gustavo. Se separó del padre y se acercó a Miguel para cogerlo del brazo—. Sigue creyendo que está en deuda con nosotros. Ya sabes... —indicó con cierto deje de sorna mientras se tocaba la pierna de madera con los nudillos y miraba de reojo a su hermano menor—, por lo que hice en Argel por su sobrino Bernardo. —Bernardo de Gálvez, sobrino de José de Gálvez y gobernador de la Luisiana española, había luchado en Argel junto a Gustavo.

El conde desenrolló los pliegos con apremio y se dispuso a leerlos. Por la expresión de su cara, no debían de ser malas noticias, o al menos eso pensó Miguel.

—Gustavo, ¿qué le has contado a José de Gálvez? —preguntó Miguel mientras esperaba a que su padre acabara de leer los pliegos.

—¿Qué querías que le dijera, Miguelito? La verdad —respondió Gustavo con tono sereno. Bajó el brazo y se distanció

un par de pasos—. Que tengo un hermano que ve una falda y pierde la razón, cosa que él ya conocía por otros casos, pero que esta vez se había pasado de la raya. Que el prometido se había enterado y que estaba resuelto a enviarte dos padrinos para retarte a un duelo, asunto que debíamos evitar como fuera.

—¿Le has dicho algún nombre? ¿Hará de mediador? ¿Podré quedarme en Madrid o como muy lejos ir a Granada, con madre? —preguntó Miguel, ansioso por conocer su destino.

—Tranquilo, tranquilo, Miguelito —contestó Gustavo. Subía y bajaba levemente las manos con las palmas hacia abajo pidiéndole calma—. Le he dado el nombre del duque porque me lo ha pedido. Ha sido entonces cuando ha comprendido que el asunto iba en serio. Del resto, mejor hablamos cuando padre acabe de leer los pliegos —zanjó.

Aguardaron, de pie, sin mirarse, a que su padre dijera algo. Pasados unos minutos, el conde se dirigió hacia la mesa del escritorio que se hallaba cerca de la chimenea. Abrió uno de los cajones, cogió un pliego con el sello de la familia y lo puso sobre la mesa. Tomó una pluma, la mojó en el tintero que tenía encima del escritorio y, antes de hacer nada, miró fijamente a Miguel. Negó con la cabeza y comenzó a escribir.

—Avisa a los criados. Que te preparen el equipaje con lo imprescindible. Te alegrará saber que dejas de ser oficial sin destino —le dijo su padre con voz serena—. Te aconsejo que vayas a ver a tu madre a Granada, porque te marchas de la Península durante una larga temporada. —Y siguió escribiendo en el pliego.

—Padre —exclamó Miguel, sorprendido—. Pero... ¿dónde? ¿Cómo?

—¿Aún te extrañas, Miguel? —preguntó su padre sin levantar la mirada del pliego—. Entérate de una vez de que esto te va a salvar la vida y a nosotros, el honor familiar. —Lo miró y movió la cabeza hacia donde se encontraba Gustavo—. De-

berías estar agradecido a tu hermano. Él ha conseguido tu salvoconducto.

—¿Y cuál es el destino en el que, según usted, estaré a salvo? ¿En las islas? ¿O más lejos todavía? ¿La Habana, Lima? —exclamó Miguel, exaltado.

—Nueva Orleans, en la Luisiana —soltó su padre sin parar de escribir—. José de Gálvez te ha destinado al regimiento fijo de esa provincia. Estarás bajo las órdenes de su sobrino, Bernardo de Gálvez, el gobernador.

Miguel sintió cómo se le caía el mundo encima. *Nueva Orleans, Dios mío*, pensó. Alternó varias veces la mirada de su hermano a su padre, como rogándoles que todo fuera una broma sin ninguna gracia. Pero ninguno lo negó.

Y todo esto por Inés.

2

ENERO DE 1780

NUEVA ORLEANS

Miguel había acudido antes de tiempo a la cita, y el secretario del gobernador Bernardo de Gálvez le había pedido que esperara en la sala contigua. Cuando entró, captó su atención un llamativo reloj con extrañas filigranas doradas, y se acercó para verlo mejor. Pensó en su precio y se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos vivir en Madrid. Aburrido, anduvo por la sala y curioseó hasta quedar ante un cuadro que colgaba en la pared. Representaba a un jefe indio, o eso creía él, ya que aún no había visto ninguno, con todo su boato. Las plumas en la melena, una colorida manta sobre su hombro y unas curiosas pinturas en su rostro y su pecho. No podía creer que alguien pudiera pavonearse con esa vestimenta. Llegó a la conclusión de que nunca entendería a los habitantes de ese territorio.

Cansado de verlo, se dirigió hacia uno de los ventanales. Descorrió uno de los cortinajes y observó la ciudad. Desde ahí podía ver el río y la parte del puerto donde almacenaban los grandes fajos de tabaco que la ciudad exportaba. Le embargó la añoranza al pensar que parte de esos bultos serían desembarcados en el puerto de Cádiz o en el de Sevilla. Más allá del río, hacia el mar, vio el juego de luces del atardecer. Si no hubiese sido porque a él esas tonterías lo traían sin cuidado, habría creído que podría ser bonito verlo.

Llevaba en Nueva Orleans unas dos semanas, y esa era la segunda vez que pisaba aquella sala. La primera había sido cuando se presentó a Gálvez al día siguiente de plantarse en la capital de Luisiana. No había sido una reunión larga; el gobernador le había hecho algunas preguntas de trámite sobre la salud de la familia y en especial sobre Gustavo. Miguel le entregó los escritos que traía de España: su nombramiento, que lo situaba bajo sus órdenes, y una carta de su padre. De ella Gálvez sólo dejó caer algún comentario gracioso acerca del motivo de su destino. Después se dedicó a explicarle, eufórico, cómo había conseguido vencer a los ingleses, unos meses antes, en la conquista de Baton Rouge.

Después de ese día habían coincidido en un par de recepciones organizadas por ricos criollos. Miguel recordaba sobre todo una en la que Gálvez, apartándose de su mujer, lo tomó del brazo y lo condujo a uno de los rincones del salón de baile. Allí le habló sobre cierto rumor que había escuchado acerca de un asunto con una dama de rubios cabellos. Como amigo, le aconsejó que se olvidara de ella si no quería tener problemas con su marido. Después de esa fiesta no habían vuelto a hablar. Gálvez le daba largas sobre lo que tenía pensado para él, pero eso a Miguel no le importaba. Cuanto más tardara Gálvez en decidirse, más tiempo tendría para él. Muy a su pesar, la llamada de esa tarde le había hecho temer que su futuro pronto quedaría aclarado.

En realidad, desde su llegada a la ciudad, no podía quejarse. Sabía por otros oficiales que Gálvez estaba demasiado ocupado. Ninguno lo aseguraba a ciencia cierta, pero todos estaban convencidos de que planeaba nuevos ataques para continuar la guerra contra el inglés. Los más optimistas incluso afirmaban que podría atacar la Florida. Para su satisfacción, que Gálvez decidiera no decirle nada era presagio de que no pensaba contar con él. Así que Miguel, sin destino

fijo, estaba libre de obligaciones, y eso era lo que más le gustaba. Lo único que debía hacer era presentarse cada día en el cuartel, que hacía funciones de prisión, y firmar. El resto de la jornada lo dedicaba a zanganear por la ciudad e intentar no meterse en demasiados líos.

Los primeros días, cuando caía rendido en la cama, le daba por pensar en cómo había acabado en esa ciudad. Seguía convencido de que era bastante pretencioso llamar así a Nueva Orleans, que no debía de tener más de quinientas viviendas y no alcanzaba los tres mil habitantes, y eso sumando esclavos e indios. Pero, eso sí, disponía de una catedral. La ciudad también tenía un embarcadero, al que llamaban puerto, aunque no había muchos lugares donde un hombre como él pudiera divertirse. Gracias a la información que le había dado Maillet, un oficial al que conoció en una de las fiestas y con el que congenió enseguida, pronto se hizo cliente habitual de la casa de *madame* Cloude, y más después de la advertencia de Gálvez. La casa, de dos plantas y de madera, estaba en la calle de Santa Ana y hacía esquina con la calle Real, justo enfrente del convento de los capuchinos. Tenía la mejor selección de señoritas que había en todo el Misisipi. Allí había conocido a Matilde, una de las mejores.

Miguel sonrió con picardía al pensar en Matilde. Con ella no se aburría, la verdad. Sabía cómo contentar a un hombre. Además tuvieron un incidente que se convirtió en el foco de las habladurías en una ciudad tan pequeña como esa. Uno de los monjes comentó que había descubierto al nuevo oficial, hijo de un conde, en una situación no demasiado decorosa con una de las señoritas de *madame* Cloude, asomados al balcón. Soltó una carcajada rememorando la escena.

—Perdón, teniente, ya puede entrar —dijo el secretario, sorprendido cuando lo escuchó reírse mirando por el ventanal—. Acompañeme. Le aguarda el señor gobernador.

Miguel se serenó y, estirándose el uniforme, fue tras el secretario, que ya se dirigía al despacho. Entró y se cuadró. Gálvez estaba sentado junto a su mesa. Escribía con ímpetu sobre un pliego.

—Señor gobernador, ¿me ha hecho llamar? —preguntó Miguel lo más marcialmente que pudo.

—Sí, teniente Cerezo —contestó Gálvez mientras dejaba la pluma junto al tintero que estaba incrustado en la mesa. Miró al secretario y le ordenó—: Zárate, déjenos solos.

El secretario inclinó la cabeza y cerró la pesada puerta tras de sí.

—Miguelito, hombre —comentó Gálvez levantándose de la silla—. Ya te comenté que cuando no estemos en actos oficiales no hacía falta que usaras el cargo. Si somos casi familia... —exclamó. Se aproximó a Miguel y le dio un fuerte abrazo.

—Lo recuerdo, gob... Bernardo, quería decir. Es que no me hago a la idea. Ahora impones con ese uniforme y el cargo.

—De acuerdo, de acuerdo. —Gálvez se separó de él y volvió hacia su mesa para coger un pliego—. Ahora hablemos de asuntos serios. Te preguntarás por qué te he llamado. —Antes de obtener respuesta soltó—: Voy a encomendarte una misión.

—Ya era hora. Tengo ganas de hacer algo. La inactividad no es lo mío —mintió Miguel. No deseaba cambiar su estilo de vida, aunque fuese en esa pequeña ciudad. Además, le habían dicho que los inviernos eran muy fríos en esa tierra, y no le apetecía alejarse de Matilde.

—Me alegra que lo aceptes así —dijo Gálvez, satisfecho—. No esperaba menos de un Martínez de Cerezo. —Se echó a reír y agitó el pliego hacia Miguel.

—Es cierto —exclamó, y se acercó a Gálvez.

—Lo sé. Como seguro que habrás escuchado por ahí, no es ningún secreto que preparo una nueva ofensiva contra los

ingleses. Si todo va bien, conquistaremos Mobile en dos o tres meses.

—Estoy ansioso por participar —mintió de nuevo. Miguel no se veía en campaña. Nunca había estado en una, pero recordaba todo lo que le había explicado su hermano. Cansancio, hambre, hedores nauseabundos... Eso, si sobrevivía a los combates, claro.

—Confío en que no lo tomes a mal, y, si lo haces, considéralo una orden. —Gálvez cogió una jarra de barro de encima de la mesa y llenó un vaso con un brebaje turbio. Miguel hizo un gesto de repugnancia al ver ese líquido. Gálvez dio varios tragos y añadió—: No ofrece buen aspecto, ¿verdad? Es una infusión de hierbas indias que me han recomendado para un dolor intestinal que padezco desde hace meses. Hay días que el dolor es muy agudo.

—No lo sabía, Bernardo —adujo Miguel compadeciéndose.

—No tiene importancia. Si en la Comanchería no pudieron conmigo, y eso que lo intentaron, no podrá un maldito dolor —dijo Gálvez quitándole importancia, y retomó la conversación—: Creo que aún no estás preparado para lo que nos depara la campaña del golfo de México, así que he pensado en ti para otro tipo de misión. Aquí tienes tu nuevo destino —asentó tras entregarle el pliego.

Miguel lo tomó y lo extendió para leerlo. Antes de que pudiera abrir la boca, Gálvez le comunicó:

—En unos días parte una compañía hacia San Luis, al mando del teniente Maillet, y te incorporarás a ella. Te entregaré un mensaje que llevarás al capitán Leyba, que es el gobernador de esa población. —Calló para beber de nuevo y continuó—: En los últimos meses no hace más que solicitarme refuerzos y suministros, porque cree que los ingleses están tramando algo en esa zona. Como supondrás, todo lo que consigo de La Habana va destinado para la próxima campaña, por lo que no puedo enviarle nada de lo que me

pide. Deberás llegar a San Luis, y, cuando estés ante él, le plantearás la situación y le dirás que sólo puedo mandar los hombres que te acompañan. Después, si lo deseas, puedes quedarte un tiempo en la ciudad, el que necesites hasta que podáis preparar una expedición de vuelta.

—Vaya; esperaba acompañar al regimiento —dijo Miguel con falsa contrariedad.

—Estoy seguro de ello, pero se lo debo a tu hermano. —Le puso una mano sobre un hombro—. Aún estoy en deuda con él desde Argel. Creo que la mejor manera de devolver lo que hizo por mí es no arriesgar tu vida. Además allí aprenderás a mandar tropas, y conocerás el territorio. Y hasta es posible que tengas algún encuentro con las tribus de la zona. —Se echó a reír.

Miguel vio el cielo abierto, su salvación. El gobernador lo mandaba al último agujero del mundo civilizado, cierto, pero se libraba de los duros combates que se avecinaban. Debido a la euforia, le costó mantener la serenidad cuando se despidió de Gálvez. Salió del despacho y, cuando cerró la puerta, apretó los puños en señal de alegría. Vio al secretario mirarlo sorprendido, pero a Miguel no le importó. Era feliz.

Siguió el pasillo hasta las escaleras y las bajó. No paraba de pensar en lo afortunado que era. El ataque que preparaba Gálvez era a una de las bases más importantes de los ingleses en esa parte de América, y él se había librado de participar. Justo al final de las escaleras vio al pequeño Panocha sentado en el último peldaño, esperándolo. De pronto, dudó qué hacer con el crío. No tenía claro si llevárselo o dejarlo en la ciudad. Miguel no era precisamente una persona con especial sensibilidad hacia el resto del mundo, pero el muchacho le caía simpático. Tenía algo singular que provocó que congeniara con él enseguida.

Lo había conocido el mismo día de su llegada a Nueva Orleans. Se le acercaron varios pequeñuelos que se ofrecie-

ron a cargar con su equipaje e indicarle algún alojamiento. Ninguno superaba los diez u once años. Al principio, no le produjo ninguna gracia ver a esos desharrapados, y se los quitó de encima. Se imaginó que debían de ser los típicos pillos, la mayoría ladronzuelos, que pululaban por todos los puertos del mundo. Pero, entre todos, había uno que insistió más que el resto, y le llamó la atención. No por su tamaño o su peso, sino por el pelo: era pelirrojo, y dijo que se llamaba Panocha.

En los siguientes días el crío se hizo fuerte y se pegó a él. Lo aguardaba cada mañana en la fonda donde se alojaba y se ocupaba de enseñarle la ciudad. Se conocía todos los tugurios donde podían mal beber y peor comer. Fue él quien le presentó a una hermosa gallega de pelo rubio —esposa de un oficial irlandés que estaba destinado en el regimiento fijo— con la que tuvo cierto asunto escabroso que muy pronto comenzó a correr de boca en boca.

Panocha, además, era un auténtico buscavidas. Tenía un don para hacerse con todo tipo de suministros, desde simples botones para el uniforme hasta sábanas limpias y planchadas. Y no sólo eso; Miguel recordó el día en el que se presentó con un saco de esparto.

—Tenga, señor conde. Como siempre se está quejando de la poca luz de su habitación, he encontrado esto —dijo Panocha, y extrajo del saco un magnífico candil digno de una casa señorial—. ¿Qué le parece?

—Pero, Panocha, ¿de dónde has sacado esto? —preguntó Miguel. Sopesó el candil, y al comprobar una marca eclesiástica que había sido rayada, lo interrogó de nuevo—. ¿En qué lío nos vamos a meter esta vez?

—No se preocupe, señor conde; ya está solucionado —lo tranquilizó el muchacho—. Y por el combustible tampoco se apure: sólo necesita petróleo, que es fácil de conseguir por aquí, ya que en algunas zonas mana del suelo como si fuese agua.

Hacía pocos días el muchacho le había confesado sus orígenes. Estaban sentados en la ribera del río junto al camino de los alemanes y Miguel le preguntó por su madre.

—Mi madre murió el año pasado. Ella trabajaba con *madame* Cloude. Dicen que era una de sus mejores señoritas. Por eso creo que la señora me ayuda tanto —respondió Panocha—. El boticario me dijo que fue a causa del mal francés. —Entonces deslizó una mano bajo su camisa y le enseñó un colgante—. Esto es lo único que conservo de ella.

De la pequeña cadena que le colgaba del cuello pendía un anillo de algún metal barato, porque se veía algo oxidado.

—Oh, vaya, es bonito —mintió Miguel. Le pareció la joya más fea que había visto en su vida—. ¿Y entonces de tu padre no sabes nada?

—Sí sé algo, señor conde —contestó Panocha, divertido—. Hace unos años pasó por la ciudad un grupo de tramperos que eran de *Escocza*. Se quedaron una temporada, y dicen que uno de ellos debía de ser mi padre.

—Escocia. Debía de ser de Escocia —rio Miguel—. Y no me llames «conde», que no lo soy. El conde es mi padre.

Abandonó sus recuerdos y bajó las escaleras hasta llegar a la altura de Panocha. Cuando lo vio, el zagal se levantó del peldaño. Entonces lo decidió. El pequeño no volvería a las calles.

—Señor conde, ¿qué quería el gobernador? —le preguntó Panocha con curiosidad.

—Quiere mandarme a otra ciudad —contestó.

—¿Y ya sabe cuánto tiempo más estará en Nueva Orleans? —preguntó el chico, apenado.

—Pocos días más. En cuanto esté preparada la compañía, debo irme con ellos. —Lo miró a los ojos y le preguntó—: ¿Conoces un sitio llamado San Luis? —Antes de que el pequeño pudiera decir nada, añadió—: Te vienes conmigo. No sé cómo, pero ya lo arreglaré.

—San Luis —dijo Panocha abriendo mucho los ojos—. No sé. Nunca he salido de Nueva Orleans. ¿Dónde está, señor conde?

En el lugar más remoto que puedas imaginar, pensó Miguel. Remoto, sí, pero al menos estaremos seguros. Al fin y al cabo, a quién le puede interesar un sitio como ese, en el confín del imperio, rodeado de tribus salvajes y sin ningún otro valor que no sean unas malditas pieles de castor y árboles, muchos árboles.

3

FEBRERO DE 1780

FORT MICHILIMACKINAC (FRONTERA DEL CANADÁ)

En días tan fríos como ese, el general Haldimand se resguardaba en la habitación que le hacía de despacho. Prefería sentarse en el cómodo sillón que tenía junto a la chimenea y atender las tareas desde ahí. Así que dejó caer en él sus británicas posaderas, dispuesto a fumarse un cigarro.

—Este, por el buen rey Jorge. Que Dios nos lo guarde muchos años —murmuró.

Aunque había nacido suizo y había comenzado su carrera militar en el ejército prusiano, Haldimand se sentía más inglés que los propios nativos de las islas. Llevaba tantos años en las filas del ejército británico que pensaba en ese idioma. El tiempo y la vida sedentaria no le habían impedido conservar una figura delgada. Y esto, según pensaba él, se debía a sus tres cigarros diarios. Fumar era el único vicio que había adquirido durante sus años de servicio en las colonias americanas, primero en la costa atlántica y después en la gobernación de Quebec.

Una vez acomodado, Haldimand se preparó para escuchar al capitán Sinclair. Este le iba a exponer el plan que había preparado para tomar San Luis, que en los últimos meses se había convertido en un pequeño grano en el culo para el ejército inglés. Después de la caída de Fort Kaskaskia, esa zona había pasado a ser la principal ruta de suministros para los rebeldes, y más ahora que todo el noreste se hallaba

en manos de los españoles y sus aliados, los continentales del general Clark.

En cuanto cayó en la cuenta de lo que había pensado, Haldimand hizo un gesto de desagrado. Le causaba un profundo disgusto referirse por un rango militar a los rebeldes debido a que la gran mayoría de ellos, cuando estalló la rebelión, no eran más que unos simples granjeros adinerados. Para recuperar el aplomo dio una profunda calada al cigarro y se fijó en el leal Sinclair, el oficial al mando del fuerte, plantado frente al sillón. Era su hombre de confianza desde hacía años; prototipo de familia noble, tan estirado, tan británico y siempre presto a hacer su trabajo. Ciertamente que las dotes de mando no eran su mejor cualidad, pero Haldimand sabía que podía encomendarle cualquier tarea y que la ejecutaría a la perfección. Habría dicho incluso que con demasiada perfección.

—Sinclair, espabile y traiga el mapa —dijo con apremio, e hizo gestos con la mano derecha para que se acercara.

Sinclair llegó junto a él y dudó de dónde colocar el mapa ante la falta de una mesa cercana.

—Por Dios, póngalo aquí —indicó Haldimand señalando sus rodillas—. Lo importante es lo que debe explicarme.

—Sí, señor, lo que ordene. —Sinclair extendió el mapa sobre las piernas de su superior con cierto reparo. Titubeó unos instantes y, cuando se disponía a explicar la estrategia, lo interrumpieron unos golpes secos en la puerta de entrada.

—Maldita sea. ¡Adelante! —gritó Haldimand.

—Mi general —dijo el soldado de guardia al entrar. Carraspeó por el humo y continuó hablando—. Aquí hay un caballero francés acompañado por un indio que desea hablar con usted. Dice que tienen una cita.

El general, enfrascado en colocar el mapa lo más dignamente posible entre sus piernas, no parecía prestar atención a lo que decía el soldado, pero le contestó:

—Sí, sí. Lo estamos esperando. Hazle pasar.

Transcurridos unos segundos, entró en el despacho un hombre más joven de lo que Haldimand había supuesto. Iba vestido de trampero, con un gran gorro de piel de mapache y un curioso cuerno de pólvora colgado del hombro. A Haldimand le sorprendió el fino bigote del francés, ya que los hombres de las montañas solían llevar unas barbas bastante pobladas. A un par de pasos por detrás del recién llegado apareció un indio musculoso bastante más alto que el europeo. Vestía con la ropa clásica de las tribus del norte. Mocasines, pantalón y túnica de manga larga, todo de piel. Pero lo que más le impresionó a Haldimand fue la enorme cicatriz que tenía en la cabeza rapada. De esas a las que pocos sobreviven. El trampero se acercó a su acompañante, le dijo algo en la lengua de este y el guerrero se quedó en la puerta.

—*Mon général*, es un placer conocerle. —El francés se dirigió al sillón donde se encontraba Haldimand con Sinclair al lado—. ¡Ah! Saludos a *mon ami le capitaine* Sinclair. Es un honor que puedan recibirnos.

—*Monsieur Ducharme*, bienvenido. —Sinclair se adelantó unos pasos para estrecharle la mano y dedicarle una sonrisa—. Los estábamos esperando. A usted... —calló, miró hacia el indio y continuó hablando— y a su amigo, desde hace días. El general está deseando que lo pongamos al día de los preparativos del ataque a San Luis.

Ducharme pareció sorprendido al escuchar que Sinclair lo llamaba de usted, algo que no era habitual entre ellos, ya que lo consideraba un buen amigo.

—Señores, perdonen el retraso. Hemos tenido algunos problemas en reclutar hombres para la expedición —contestó Ducharme, sabiendo que «reclutar» no era la palabra correcta, sino que era más bien «obligar»—. Como podrá comprobar más tarde, *capitaine*, son casi un centenar de hombres, todos ellos cazadores de pieles, pero buenos tiradores y grandes conocedores del territorio por el que pasaremos...

—Bien, bien, Ducharme —interrumpió el general—. En este mismo instante, el capitán Sinclair iba a exponerme el plan que han diseñado. —Señaló con el cigarro al capitán y dijo—: Sinclair, cuando guste.

Ducharme se acercó más al sillón del general y pudo ver el mapa de la Luisiana española, que abarcaba desde el golfo de México hasta la frontera del Canadá. Sus ojos se posaron raudos en el pequeño punto donde estaba escrito el nombre de San Luis. Esa era su ciudad, o así debía haber sido. Maldijo el momento en el que llegaron los españoles y sus leyes, que le prohibieron comerciar con los ingleses. A pesar de eso, él siguió con su negocio hasta que lo apresaron por contrabando y se lo confiscaron todo. A punto estuvo de ser juzgado, aunque, gracias a los ingleses, pudo huir a Montreal.

Por eso estaba ahí, con los dos ingleses más importantes de ese lado de Norteamérica, preparando su venganza. Ahora veía más cercana la ocasión de recuperar San Luis. Volvería a su ciudad y conseguiría de nuevo ser el principal comerciante de pieles de toda América del Norte. Incluso podría expandir su negocio hasta Nueva España.

—Mi general —comenzó Sinclair—. Del fuerte partirán una columna de trescientos soldados regulares y los hombres de Ducharme. Al mando de la expedición había pensado poner al capitán Hesse, del Royal American.

—¿Ese prusiano engreído? —lo cortó el general.

Silencio.

Sinclair dudó.

—Bueno, mi general —dijo, sin tener claro cómo contestar la pregunta—. Es posible que sea algo..., digamos, especial, como todos los prusianos que nos han enviado, pero sus referencias nos confirman que ha demostrado un gran valor y acierto en el combate —aclaró.

—No se necesitan un gran valor y acierto para derrotar a esa pandilla de granjeros de Pensilvania —soltó Haldimand en tono jocoso. Reflexionó durante unos segundos y añadió,

zanjando la discusión—: De acuerdo. Si no hay más remedio, que así sea. Continúe.

—Como le decía, los soldados regulares y los hombres de Ducharme seguirán el curso del río y coincidirán un poco más al sur, donde confluyen los ríos Misisipi y Wisconsin —Sinclair se agachó sobre el mapa. Con el índice señaló un área— en Prairie de Chien, con nuestros aliados indios.

—Ha sido duro convencerlos, pero creo que podremos contar con unos mil indios de varias tribus amigas —asentó Ducharme.

El general movió la cabeza de un lado a otro como si negara el comentario.

—¿Podemos buscar otra alternativa? No me gusta depender tanto de esos salvajes —dijo sin elevar el tono. Señaló con el cigarro hacia donde permanecía de pie el guerrero que había entrado con Ducharme. Calló unos segundos y añadió con el mismo tono—: Un día pelean junto a ti y al siguiente se pasan al enemigo, sin más.

—No, señor, no hay alternativa desde que el cuartel general de Boston dejó de tener en cuenta nuestras demandas. Dependemos de ellos. Pero puede quedarse tranquilo, porque con estas tribus no tendremos problemas —aclaró Sinclair—. Tenemos firmados tratados con ellos, y no son muy amigos de los rebeldes ni de los españoles. —Miró a Ducharme y le preguntó—: ¿No es cierto, Jean Marie?

—Sí, *mon capitaine* —contestó Ducharme, sonriente al oír que el capitán lo llamaba por su nombre delante del general.

—Cuando se reúna todo el ejército —continuó Sinclair. Puso de nuevo el dedo índice sobre el curso del río y añadió—: Este marchará sobre San Luis y se apoderará de la ciudad. Después atacará los fuertes Santa Genoveva y Gage. De este modo volveremos a controlar toda la zona del nordeste y cortaremos los suministros que envía España a los sublevados.

—¿Y las defensas de la ciudad? ¿Las conoce usted, Ducharme? —preguntó el general apurando las últimas caladas del cigarro.

—Hace más de seis años que no he estado allí, pero algunos de mis hombres pasan temporadas ahí —contó Ducharme—. Me han confirmado que sólo hay una pequeña guarnición. No más de una veintena de soldados.

—¿Veinte soldados para todo ese territorio? —preguntó Haldimand, incrédulo.

—Sí, *mon général* —respondió Ducharme, y, para evitar dudas, dijo—: Pero advierta que, cuando atacemos, a la defensa de la ciudad se le sumarán un par de centenares de civiles que forman la milicia urbana. —Alzó una mano con el dedo índice apuntando hacia el techo—. Con el apoyo de esas tribus indias, no serán un gran problema para nosotros, *mon général*.

—Bien, eso espero. —Haldimand se quitó el mapa de encima y se levantó despacio del sillón—. Señores, estarán de acuerdo conmigo en que lo mejor será aguardar al inicio de la primavera. Mientras, ultimen los preparativos. Lo ideal es que la columna se ponga en marcha. —Calló y se quedó pensativo hasta que poco después añadió—: ¿Hacia abril? Así el ataque tendrá lugar a finales del mes de mayo. ¿Me equivoco?

—No, señor. Está en lo cierto —se apresuró a contestar Sinclair.

—Pues no se diga más, señores —dijo el general elevando el tono de voz—. A por San Luis.

—Perdón, *mon général*. —Ducharme interrumpió la euforia de los oficiales—. Antes de acabar la reunión, quiero presentarles a uno de nuestros principales aliados. Gracias a él hemos convencido a muchas de las tribus para que se unan a nuestra causa. —Anduvo hasta la puerta donde continuaba el fiero indio. Se volvió para hablarle en iroqués, la lengua de este, y ambos se acercaron a la chimenea, donde se encontraban de pie los dos ingleses—. Les presento al jefe Dyami,

de la tribu de los renards. —Extendió la mano para señalar al imponente indio—. Su nación es de las más grandes del norte.

El indio inclinó la cabeza a modo de saludo y los dos oficiales se miraron sin saber qué hacer hasta que Sinclair habló.

—Como bien ha dicho el general: ¡a por San Luis!

—¡A por San Luis! —respondieron todos al unísono.